

el hermoso alazán que tanto te gustaba. En él iba cuando te vi en Scaer por primera vez,

«Voy á atravesar el claro del bosque donde te habías extraviado. No estarás allí, por desgracia. ¿Por qué no puedo evocarte?

«No me digas nunca: Adiós.

«Es una frase terrible. Dime siempre: Hasta la vista.

«Yo te digo: Hasta muy pronto, pero en Paris. Es el único sitio donde el secreto es seguro.

— *Huberto.* »

La carta era lisonjera; pero si la hermosa viuda hubiera podido ver el corazón de su amante, su desencanto hubiera sido horrible.

El duque tenía al escribir un gesto de hastío y de aburrimiento, que la hubiera irritado.

Recorrió á la ligera otra carta en que su notario le proponía la mano de una heredera, cuyo dote podría rellenar las lagunas de su capital y cerrar sus enormes brechas.

Los encantos de la heredera no guardaban proporción con sus millones.

El notario, como hombre práctico, aconsejaba al duque que cerrase los ojos.

Todo no puede conseguirse.

No ocultaba al señor de Vaudrey que la liquidación iba á ser desastrosa.

Todo estaba en baja y el dinero andaba escaso.

El señor Chapuzet se permitía unir sus consejos personales á los que daba como notario.

Lo estimulaba á aprovechar sin demora el plazo de respiro que con dificultad le otorgaba.

El duque no atendió los prudentes consejos y no se dignó contestarle.

Dejó su gabinete de trabajo, suntuoso y cómodo salón del piso bajo, con dos altas puertas ventanas al valle y estanques de Laugou y volvió á su interrumpido paseo y á sus ensueños matinales, repitiendo la histórica frase:

— ¡Para mañana los asuntos serios!

La pálida figura de Ivona quedaba solo ante sus ojos.

XII

SEDUCCION.

El señor de Vaudrey llevó en persona la carta á Plélau, por dos razones.

Evitaba que sus criados supiesen que estaba en correspondencia con la baronesa.

Y se procuraba el placer de un paseo á caballo hacia un sitio que le atraía.

Todo lo que le acercaba á Ivona Rebec, le era muy grato.

Aquella muchacha le interesaba hasta asombrarse de sí mismo.

El, que había conocido á las más célebres bellas de Paris, se preocupaba por una campesina á medio pulir, hasta el punto de darle todo al olvido.

¿No era esto inverosímil?

Ninguna diva de ópera cómica, ninguna estrella coreográfica, le hubiera interesado tanto.

No, seguramente.

Ivona tenía una ingenuidad, una inocencia, cierto perfume rústico, cierta llama desconocida en sus grandes ojos negros, que el duque no recordaba haber visto nunca.

El enamorado, al llegar á Plelau, experimentó una sensación deliciosa.

Su camino iba á lo largo del parque del conde Hugo.

Al dar vuelta á un soto secular, el duque detuvo su jaca detrás de un frondoso grupo de castaños que le ocultaban por completo.

En una espesura que apenas podían atravesar los rayos del sol, Ivona releía emocionada la carta entregada por Gertrudis.

Tan absorta estaba en la lectura, que no oyó el ligero trote de la jaca del señor de Vaudrey.

Se creía sola, completamente sola, y el duque pudo ver en su agitado semblante el efecto producido por estas frases incendiarias.

«Mi querida Ivona:

«Había creído conseguir de tí una confesión por la cual hubiera dado la mitad de mi vida, y huyes

de mí y me desdefías! La mujer es más inconstante que el mar. Eres cruel, cruel conmigo y contigo, pues no puedes figurarte cuánto deseo tu dicha. Nada me parecerá penoso por agradarte. Creeme, niña adorada, el amor es el único bien apetecible. Sin él, ¿de qué sirven los otros? ¿Por qué luchas contra tu corazón? Amor llama á amor, y el mio es tan ardiente que tú no puedes permanecer impasible. Todo lo afrontaré por llegar á tí.

«Oye.

«Te espero mañana en el extremo de la avenida de Plelau, al borde del camino. Te es muy fácil ir allí sin ser vista. Estaré allí á las diez. Ven te lo suplico. La noche nos protegerá. Si rechazas mi súplica, no sé á que extremos me arrastrará tu desdén. La muerte es preferible á tu indiferencia. Te amo, te adoro, y á nadie adora sino á tí.

Huberto »

A tales frases no hay corazón de veinte años que resista. A los sinceramente enamorados se las dicta el corazón; á los demás, que no son los menos temibles, se las dicta la cabeza.

El duque de Vaudrey hubiera podido escribir volúmenes en este estilo.

Era como el cazador que tiende tranquilamente sus lazos, seguro de que la pieza perseguida acabará por caer.

Ivona caminaba por la espesura lentamente y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Ya dejaba

casar la mano en que tenía la carta, ya volvía á leerla bebiendo el veneno que le brindaba el papel.

Sentóse por fin en un banco al otro extremo de la avenida, apoyó la cabeza en la mano izquierda y quedó inmóvil en actitud de meditar.

Figura más encantadora sobre espléndido fondo no se habrá ofrecido nunca á los ojos de un pintor.

El duque se estremeció de placer.

—Iré, pensó.

Y alejóse en silencio siguiendo el verde ribazo del camino en dirección á Plelau.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando dejó la posada de las Dos Mulas, donde se había detenido un instante, y entró en la selva para volver á Laugou.

La tarde estaba deliciosa.

Algunas transparentes nubecillas velaban aquí y allá el azul del cielo flotando á grande altura sobre la tierra ataviada con pompa primaveral.

El duque seguía una senda de cipreses, álamos y encinas, cuando, en una vuelta del camino topó con un alto y robusto mozo que venía en contraria dirección, con chaqueta parda y carabina al hombro.

Un perro, de rizado pelo castaño, reconocía las matas en torno de él.

Era Corentino Cleguer, prometido de Ivona.

Corentino reprimió un movimiento de disgusto al ver al señor de Laugou,

Pero consideró que el duque podía venir de la aldea y que el camino era de todos.

Echó la mano á su sombrero de anchas alas.

—Salud, señor de Vaudrey, dijo.

Y habiéndole contestado el duque con toda cortesía:

—Buen tiempo para pasear, añadió.

Los dos hombres hablaron un momento del país, de la cosecha, que se presentaba bien, y de la romería de Plelau.

El duque felicitó por su triunfo á Corentino.

Los de Scaer debían de estarle agradecidos.

Corentino, tranquilizado por la naturalidad con que el duque hablaba, se encogió de hombros y dijo sonriéndose:

—El año que viene se verá. Quizá quede encima Scaer. Pero se harán los posibles.

Miró, como inteligente la jaca del duque.

—Hermoso animal y fuerte. Debe dar gusto andar con él por los bosques..... No lo hay igual en todo el cantón.

Cuando se separaron, el duque no pudo menos de hacer justicia al buen aspecto de su rival.

Era un palurdo; pero cuántos caballeros no hubieran podido compararse ventajosamente con ese aldeano vigoroso; bien plantado, buen mozo y de fisonomía franca y leal.

Iba á despojarle de su bien y á destruir su felicidad arrebatándole la dulce compañera cuya mano le estaba prometida.

Pero el duque no sintió el menor escrúpulo.

¡Corentino Cleguer! ¿Qué le importaba semejante adversario?

Si amaba á Ivona, á él le tocaba velar.

Continuó su camino sin volver acordarse del encuentro, mientras Corentino se dirigía á Plelau silbando un toque de caza.

El ex-dragón estaba lleno de alegría. Efectuábase en él uno de esos cambios tan frecuentes en nuestro corazón.

Después de haber sentido vivamente el capricho de su novia, renacía la esperanza de disuadirla de su intento y de hacerla consentir.

Pensaba suplicarla tanto que no podría negarse pues no dudaba de su buena amistad. ¿No la había conocido de pequeña? ¿No habían jurado mil veces ser el uno del otro, al pasarse de la mano, buscando nidos en el bosque ó yendo del brazo de romería en romería?

Iba, pues, suelto y airado, pensando que á los pocos pasos distinguíase la ventana cercada de follaje, donde tantas veces había visto á la hija de los Rebec, cuando se detuvo de repente al oír que le llamaban con tono irónico y burlón.

—¿A dónde vas, Corentino? dijo una vez.

Corentino se volvió y distinguió á la loca, acurrucada al pie de un mojón.

—Otra vez tu, Juanilla, dijo.

—Sí, yo.

—¿Qué haces ahí?

—Lo que otros días, mirar.

—¿Y qué ves?

—Peligros para tí. Los lobos rondan y el pastor duerme.

—Enigmas que no entiendo; pero de una cabeza vacía nada se puede esperar. ¡Adiós! Que nuestra señora de Auray te vuelva lo que te falta.

Corentino se alejó molesto por el siniestro augurio.

Aquella «tonta» era como un ave de mal agüero siempre plantado en su camino.

Pero pronto se disipó su mal humor.

Acababa de distinguir á Ivona en el banco donde la había visto el duque. Continuaba pensativa, con la cabeza inclinada sobre un papel que tenía en la mano.

Rodeando un grupo de lilas y avellanos adelantóse cautelosamente á fin de sorprenderla.

A veinte pasos de la joven se descubrió de improviso.

Al ruido levantó Ivona la cabeza, se puso como la grana, arrugó el papel y lo ocultó rápidamente en el pecho.

Corentino lo observó, pero enajenado por el placer de verla, se adelantó sonriendo y le tendió la mano.

La joven se repuso.

—¡Me has dado un susto! dijo.

—¿Susto?

—Como no te esperaba.

—Largo se me ha hecho el tiempo desde la romería.

—¿Por qué no has venido?

—Porqué estaba enfadado contigo.

—¡Enfadado! ¿Por qué?

—Bien lo sabes.

—¿Por qué no quiero casarme aún?

—Haces mal Ivona: no tenemos tantos años para ser felices.

No vuelve el tiempo perdido. Ahora vengo a preguntarte si persistes en tu negativa.

Ivona palideció y se mordió los labios.

Corentino se sentó á su lado y renovó sus súplicas con las frases más cariñosas.

—El año pasado ¿no estaba todo convenido? añadió con viveza. La boda debía verificarse en esta primavera. Los padres estaban de acuerdo.

Corentino continuó hablando con emoción extraordinaria.

Todo su amor lentamente acumulado se desbordó como torrente que rompe los diques. Aquel amor, honrado y leal se expresaba en frases menos correctas que el capricho del duque, pero poniendo de manifiesto el corazón del buen Corentino.

Pero Ivona permanecía glacial é indiferente, cuando hubiera debido arrojarse á su cuello y buscar su salvación en aquel amor puro.

El tentador, el otro, estaba siempre entre los dos prometidos.

Corentino hablaba. Ivona escuchaba al duque.

Sólo el duque estaba ante sus ojos.

Corentino comprendió, por fin, que no lograba conmoverla, y exclamó de pronto:

—¿No me oyes? ¿En qué piensas?

La joven contestó sobresaltada:

—Pienso que eres muy bueno y digno de ser amado.

—Pues bien.....

—Concédeme ese plazo... Sé amable. Sólo algo de tiempo.....

—¿A qué ese retraso?

—¿No puedes hacerme ese favor?

—Te lo suplico.

Le miró con dulce compasión, que pudiera creerse cariño, y apoyó su mano con tal familiaridad en el hombro de Corentino mirándole con ojos tan húmedos, que se tranquilizó el pobre enamorado.

Y sin darle tiempo para reflexionar se lo llevó al pabellón en que acababa de entrar su padre.

El administrador tendió las dos manos al joven y le recibió cariñosamente.

—¡Hola! ¡hola! exclamó. Parece que se han hecho las paces. ¡Qué sea enhorabuena!

—Sí, respondió Corentino, y ahora creo que no se han de hacer esperar las nupcias.....

Ivona se ruborizó, pero nada dijo:

—¿Cenas con nosotros, Corentino? preguntó el administrador.

—No puedo negarme.

Ivona se estremeció.

Iba anochecer y el otro estaría allí al extremo de la calle de hayas, esperándola.

Bajo la campana de la chimenea, Gertrudis, que

avivaba el fuego, acarició su precioso Luis y lanzó una mirada oblicua y maliciosa á su joven ama, murmurando:

—Sí, sí. No hay prisa para la comida de bodas.

XIII

DE NOCHE.

Corentino era bretón de pura sangre, pero habia servido en el ejército y no creía en korríganos, hadas, carricoches del diablo, ni almas del otro mundo.

Cuando después de cenar, salió del pabellón de los Rebec, á eso de las nueve y media de la noche para volver á su casa, la luna aparecía en el horizonte.

Pero su claridad era muy poca: primero porque estaba cubierta de nubes, segundo porque estaba en el primer cuarto y solo mostraba dos cuernos de poca importancia bajo el punto de vista luminoso.

La obscuridad no impedía á Corentino marchar airoosamente apretando contra el hombro la hermosa carabina que casi siempre llevaba.

Una carabina da gran tranquilidad aun á quien á nada teme.

Y Corentino á nadie temía.

El perro rojo le seguía, con las orejas bajas, pensando quizá en las tres interminables leguas que tenia que andar hasta llegar á casa.

A quinientos pasos del pabellón de los Rebec se detuvo Corentino.

Un enamorado no se aparta sin violencia de la casa de su amante.

Corentino quería mirar por última vez la luz de las ventanas de Ivona.

¡Deseo de corazón apasionado!

Arroje la primera piedra el que no haya hecho lo mismo.

Pensaba continuar su camino cuando la luz se apagase, pero continuaba encendida.

El resto de la casa ya oía en la obscuridad. Sólo Ivona velaba.

Su sombra se dibujaba á veces tras de las cortinas.

La joven iba y venía á su cuarto.

Corentin se decidió por fin á alejarse y tomó por la avenida de las hayas

Al llegar al extremo de la avenida, el perro se apartó bruscamente y lanzó dos ó tres largos aullidos.

El amo silbó y el perro acudió docilmente, pero gruñendo.

¿Olfateaba algún enemigo?

—¡Quieto ahí! dijo Corentino volviendo la espalda á la aldea.

No distaba de Plélau doscientos metros, cuando oyó muy claramente el relincho de un caballo.

El caballo debía estar parado cerca de los pilares de granito con cadenas que cierran á los carruajes la avenida de Plelaul.

¿Quién puede estar aquí á semejante hora? se preguntó Corentino.—Y volvió la cabeza y retrocedió algunos pasos, pero se dijo que, fuera quien fuera, no era incumbencia suya el vigilar los caminos. Sería el carruaje de algún labrador retrasado cuyo caballo relinchaba antes de emprender la marcha.

Corentino continuó la suya, tomando por un atajo de la landa que, casi desnuda de vegetación, se estiende entre Langou y Scaer, con algunas alquerías entre árboles y algunos valles llenos de lagunas y pantanos.

Ambas posesions se tocan y se sirven mutuamente de limite.

El paisaje, de noche, bañado por la luz blanquecina de la luna, tiene cierta poesía melancólica.

Se comprenden, al recorrerlos con aquella luz pálida y triste, los místicos terrores de los campesinos de Bretaña, y las leyendas que son artículo de fe para las sencillas mujeres morbihanesas.

Corentino no pensaba, en ellas, sino en que tenía treinta años y en que el vivir es bueno.

Pensaba, sobre todo, en que lograría vencer caída le había parecido más afectuosa.

¡Más afectuosa, pero también más triste!

Al salir Corentino del pabellón, Ivona se asió de su brazo como si la amenazase algún peligro. Es-

taba seguro de su amistad. No era exigente y no la pedía un amor como el que él sentía. No tenía tal pretensión. Su amor era una gran devoción, un verdadero culto. Sin tenerse por sabio, se decía que el hombre ha nacido para amar y la mujer para ser amada. Que la bella Ivona consistiese en casarse con él, y nada más quererla. Ivona no se oponía al matrimonio. Todo se reducía á cuestión de tiempo.

¡Ivona se decidirla pronto! ¡Quería esperar! Capricho de niña voluntariosa, un poco mima por todo el mundo, por su padre, por su padrino el conde de Plelau, por el mismo Corentino, postrado á sus piés diez años hacía!

Atravesó con paso rápido una estrecha senda trazada como una cinta á través de los brazos, los pantanos y los estrechos bancales cultivados.

Corentino no prestaba atención á los mil ruidos de las lagunas y de los bosques; pero un extraño incidente le sorprendió de pronto.

Serían las once de la noche.

Iba á ponerse la luna, cuyos cuernos se habían levantado sobre el horizonte se escondían detrás de densa nube. Sólo algunas estrellas centelleaban entre las nubes apilotonadas en el cielo.

En aquel instante el extragon se hallaba en una meseta desahuda entre los lindes de Scaer y de Langou.

Seguía siempre la senda que corta el camino de Plelau al castillo del duque de Vaudrey, cuando de repente se detuvo.

Distinguía en lontananza los dos faroles de un cupé que corría á toda velocidad en dirección á Laugou.

Una idea iluminó como un relámpago su mente.

Aquella idea era sin duda espantosa, puesto que los ojos de Corentino se abrieron desmesuradamente y sus facciones se contrajeron bajo la violencia de un golpe tremendo y repéntino.

Luego hizo un ademán como para desvanecer un pensamiento absurdo.

¡Absurdo! ¿Por qué?

¿Qué significaba aquel caballo parado al fin de la avenida de Plelau? No podía ser otro que el del cupé de los faroles encendidos que se le echaba encima.

¿Y qué aguardaba allí?

¿Por qué en el cuarto de Ivona no se apagaba la luz, mientras todos dormían en la casa?

Tales sospechas eran, sin duda, ligeras, incoherentes, falsas. Pero, pensando en ello, recordaba que Ivona había estado toda la noche, como distraída, y le había instado varias veces á marcharse pretextando que se hacía de noche y que era largo el camino.

¿Y aquel billete que leía á su llegada y que escondió rápidamente en el pecho?

Todo, hasta las palabras de la loca, turbaban la mente de Corentino.

El cupé pasó como un rayo á cien pasos debajo de la meseta en que Corentino estaba de atalaya.

A la luz de los faroles que daban una claridad

deslumbradora, vió que el cupé era arrastrado por un caballo negro que trotaba con rapidez vertiginosa.

A juzgar por su marcha, no debía tardar más de cuarenta minutos en recorrer las tres leguas que hay de Plelau á Laugou.

Corentino no lo distinguía ya: el camino vuelve al pie de la colina y se interna en un valle bastante hondo para subir luego al castillo de Laugou, aislado en el centro de este valle, en medio de un parque lleno de árboles centenarios.

¿Qué misterio encerraba aquella carrera nocturna?

Una ansiedad indecible, torturaba el corazón del desdichado. Temía averiguar la verdad y adivinar el secreto de aquella infame intriga.

En vano se dijo que eran quiméricas sus dudas, que en él era una infamia sospechar de Ivona, y sus celos exacerbados, como enconada herida, le recordaban mil circunstancias, inadvertidas antes.

¿Por qué el duque de Laugou había vuelto tan pronto á su castillo, no visitado otros años?

¿Por qué casi diariamente dirigía sus paseos hacia el parque de Plelau y no á otro sitio?

Aquella misma tarde ¿no se había cruzado con él casi en el instante de salir del castillo?

Las serpientes de los celos se apoderaron en un segundo de su alma, y no pudo sustraerse á sus dentelladas horribles.

Sintió un dolor punzante, algo como si se le desgarrasen las entrañas.

El cupé estaba lejos. Sólo se oía sordo rumor, que iba debilitándose.

Dos veces vió Corentino la luz de los faroles en lo alto de un collado; luego todo quedó sumergido en las tinieblas.

Hubiera dado diez años de vida por saber quien iba en aquel coche. Imaginaba, á su pesar, una escena inverosímil. Ivona arrebatada por fuerza, ó siguiendo de grado al duque, lejos de la casa de su padre.

Entonces, en vez de dirigirse á Scaer tomó una resolución repentina, obedeciendo á aquella imperiosa necesidad de saber lo que causaba su tormento.

¿Qué le importaba, después de todo, una noche en el bosque? No sería la primera vez que trasnochara en la Landa.

Conocía á palmos el terreno y no le hubiera costado trabajo hallar el camino en noches más obscuras.

Arrastrado por fuerza irresistible, se dirigió á Laugou y llegó á media noche á los primeros árboles del parque, bajo los cuales se deslizó como un malhechor que teme que lo vean.

La silueta de la imponente mansión se destacaba sobre un cielo gris obscuro, al borde de vasto estanque en cuyas aguas se reflejaban algunas estrellas.

Ninguna luz se veía á través de las persianas. En derredor del castillo reinaba profundo silen-

cio, solo turbado de cuando en cuando por algunos ladridos.

Corentino cobró ánimos y dió vuelta en torno de la señorial mansión, ocultándose entre los arbustos y los árboles más próximos.

Por el lado del jardín le esperaba una sorpresa.

Adosada á la esquina de la pared de la huerta, vió á unos treinta pasos de su observatorio, una especie de casa rústica de las que solían adornar los parques á fines del siglo pasado.

Sus ventanas estaban cerradas, pero un dorado resplandor se filtraba por sus rendijas, y un penacho de humo ondulaba sobre la chimenea.

Alguien velaba dentro de la casa rústica.

La cosa no era extraordinaria pero, para el desdichado, todo era motivo de sospecha.

Permanecía allí, inmóvil, inundado de sudor, atento el oído, sin decidirse á abandonar su puesto.

En tanto los ladridos de los perros eran más numerosos y frecuentes. Los guardas del parque, encerrados en la perrera, olfateaban á Corentino y á su perro que, viéndose en país enemigo, se aprestaba contra su amo.

Si un criado, despertado por el ruido, les daba suelta, Corentino y su perro serían cazados por una jauría.

Era un escándalo inconveniente y ridículo.

Para acabar de una vez, se acercó sigilosamente á la casa rústica, aplicó el oído á las ventanas y escuchó.

Parecióle oír el murmullo de una voz; creyó distinguir una queja sofocada que le cuajó la sangre. O aquella voz era realmente de Ivona, ó sufría una alucinación increíble.

Permaneció dos minutos jadeante, aturdido como si hubiese recibido un martillazo en la cabeza y no oyó más.

Un ruido de pasos que se acercaban le sacó de su estupor. Su compañero gruñó sordamente.

—¡Silencio! le dijo en voz baja.

Dos hombres iban á las cocinas alumbrándose con una linterna.

Corentino sólo tuvo tiempo para meterse entre unos arbustos y esconderse entre las altas yerbas.

Los dos hombres pasaron rozándola.

El más viejo decía:

—El amo halla caza en todas partes. ¿Querías estar en su lugar, Gib?

El mozo dió á su interlocutor una palmada en el vientre y respondió:

—¡Yes, milord! saltando la carosjada.

Pasaron.

Corentino rugía de rabia, resuelto á todo para descubrir el atormentador enigma, cuando dos gacuzos, escapados de las cuadras, se precipitaron sobre él con insistente furia.

El temor de ser sorprendido en acecho y un sentimiento de dignidad y de honor vencieron su curiosidad, y se batió en retirada ante el enemigo, cada vez más numeroso.

Dos minutos después tenía tras de sí una nube

de perros de todas clases, carlines, dogos, gacuzos, de presa y de caza.

En las cuadras, decía Gib á su compañero:

—Algún otro animal que anda en el parque ¿No escasean en el país, verdad señor Bastián?

—Sin contarte á tí, hijo de mala madre, gruñó el cochero.

Corentino se internó rápidamente en el bosque cortado de caminos, en cuyo centro se levanta el castillo de Laugou.

La rabiosa gritería de los perros le seguía como á un jabalí arrojado de su cama.

Sólo al llegar á la senda por donde había venido hizo frente á la obstinada auría.

Pero fué cosa de poco.

Con algunos puntapiés se libró de sus molestos perseguidores y los hizo volver á las perreras.

Los perros, por su parte, al verse en terreno común, dieron por terminada su misión de limpiar de extraños el suelo encomendado á su guarda.

El incidente, aunque grotesco, no hubiera tenido, pues, desagradables consecuencias, de no haber hecho perder á Corentino el fruto de sus trabajos.

Después de cuatro horas de espiar y de correr, nada sabía de una manera exacta.

Con todo, aquella voz quejumbrosa le hacía temblar todavía.

No podía haberse engañado.

Aquella voz era de Ivona.

Pero cuando se ama de corazón, no es fácil resolverse á acusar al objeto amado, y aun cuando,

conozcamos que es culpable, queríamos que nos demostrasen su inocencia.

Al alejarse de la casita rústica se preguntaba Corentino, si no habría sido juguete de un sueño, si habría visto realmente la luz por las rendijas y si habría oído la voz que retumbaba en su alma.

Veías obligado á ceder á la evidencia.

Una fuerza invencible le clavaba en la piedra donde se había sentado.

Hubiera querido librarse de las ideas que le acosaban y le acometían como una banda de cuervos y de aves de rapina.

Hundida la cabeza entre las manos, trataba de coordinar sus ideas, formando proyectos á cual más insensatos, para demostrarse á sí mismo la falsedad de sus sospechas, cuando oyó hacia Langou el mismo ruido que le había extrañado al salir de Plelau.

Del castillo salía un coche y se dirigía á aquel lado.

En aquel momento se teñía el Oriente de rojiza claridad, que aunque el día estaba lejano iluminaba vagamente los pantanos y los valles.

El carruaje continuaba acercándose.

Corentino se levantó y se puso en pie sobre el ribazo del camino.

Su gran silueta se destacaba vigorosamente sobre la claridad naciente.

Ben pronto distinguió el coche.

Era el cupé del señor de Vaudrey que volvía á

cruzar, pero en sentido inverso, el camino de Plelau con rapidez vertiginosa.

Apenas estaba á cien metros.

El bretón bajó al camino y se adelantó un paso.

Estaba loco.

Extendió el brazo para detener el caballo.

Quería averiguarlo todo.

El animal, espantado por aquella especie de fantasma, dió una huida y pasó como una flecha. Al mismo tiempo el cochero descargó sobre la extraña aparición un vigoroso latigazo, que no le alcanzó por fortuna.

Corentino sólo vió que las ventanillas estaban cerradas y que el caballo no era ya negro como el azabache, sino blanco como la nieve.

Pero lo comprendió todo.

Estaba resuelto el enigma.

El duque se había llevado á Ivona y la volvía á Plelau antes que amaneciera.

Loco de furor, amenazó con un puño al cupé, ya fuera de su alcance, y renunció á aquella persecución bochornosa.

¡Ay! ¡Ivona Rebec era mentirosa é infame! ¡No estaba satisfecha de su suerte! ¡No se decidía á admitir la mano de un hombre de su clase! ¡Necesitaba un duque! ¡En vez de aspirar á ser como su madre, una mujer honrada, mantenía relaciones con un gran señor, que se reíría de ella! ¡Vaya bendita de Dios! ¡Si luego se arrepintiera, no había de ser el, Corentino Oleguer, el que la compadeciese! ¡Antes la eterna condenación que volver á mirarla!

Su cabeza ardía; la sangre le martilleaba las sienes.

Andaba á la ventura, sin saber por dónde, ni si bajaba á Scaer, ni si subía á Plelau, cuando se llevó la mano á los ojos.

Lágrimas ardientes, lágrimas de furor, según quería creer, rodaban por sus mejillas.

Enjugoselas bruscamente.

¡Lágrimas de furor!

¡Méno mal si lo eran!

Pero eran lágrimas de amor. Sus ojos se derretían al pensar que otro se le había llevado á su Ivona, la hermosa criatura á quien amaba tanto.

Al principio, como padre que ha criado á su hijo con ternura exclusiva, que le ha visto llorar y sonreír, y ha cuidado de su dicha con vigilancia celosa; después, como amante leal y respetuoso de la que ha de ser la madre de sus hijos, la dulce compañera de su vida, que nunca dudó de ella y á quien horrible rayo de luz saltaron los ojos, mostrándosela perdida y deshonrada por un rival indigno y caprichoso.

Preso del dolor más horrible, sintiendo clavarse en su corazón las aceradas uñas de inconsolable pena, vagó por los bosques hasta que fué de día.

Volvió á salir el sol; llegó á las seis, sin saber por dónde, á los corrales de Scaer, se metió, sin ser visto, en su cuarto, se echó vestido en la cama y quedó sumido en un sueño calenturiento y letárgico.

A la misma hora, desfallecida y quebrantada,

con los cabellos tendidos y la pálida cabeza apoyada en el doblado brazo, Ivona descansaba en Plelau, pero no dormía.

Pensaba en los sucesos de aquella noche que tanto había de influir en su vida.

He aquí lo ocurrido.

La carta del duque le había producido una turbación inexplicable.

La pobre joven se violentaba horriblemente negándose á ver al duque.

Todo su ser la arrastraba hacia el seductor.

Se sentía atraída por una corriente irresistible, y no quería, sin embargo, entregarse.

En un intervalo de razón comprendía que aquella falta causaría la desgracia de su vida. Pasado el primer impulso, había resuelto no escucharle; juraba cerrar los ojos á aquella luz deslumbradora.

Así lo creía sinceramente; pero aquella resistencia, que enardecía los caprichos del señor de Vaudrey, exigía á la infeliz un esfuerzo demasiado vigoroso.

Un seductor experimentado fácilmente podía dar en tierra con aquella alma inocente.

Sus últimas protestas de amor reanimaron el escondido fuego.

Desde que Corentino llegó á Plelau, durante toda la noche, Ivona sólo pensó en librarse de aquel testigo importuno.

Corentino pudo advertir su turbación, aunque sin comprender la causa.

Por fin se decidió á marcharse.

Ivona le acompañó hasta la puerta, y cuando lo vió desaparecer en la obscuridad, respiró libremente.

Estaba sola.

Su padre se encontraba en su habitación.

Las criadas subían á sus boardillas.

Esperó en su cuarto á que el silencio fuéese completo.

Estaba decidida.

Pensaba ver al duque y por última vez oponer á sus súplicas y deseos inquebrantable negativa.

Se resignaba á cumplir sus deberes.

Se casaría con Corentino aunque le costase mucho.

No contaba con su propia debilidad.

Cuando le pareció que todos dormían, se arregló el cabello, obedeciendo á un impulso de inintensiva coquetería, se envolvió en un mantón obscuro y abrió la ventana.

La hora de la cita había pasado.

Profunda obscuridad envolvía el parque.

Los criados, guardas y jardineros del conde estaban en sus habitaciones, como el mayordomo.

Ni una luz.

A lo lejos la avenida de las hayas se distinguía más negra que la misma noche.

Allí la esperaba el duque.

Ivona vaciló un instante y se decidió después.

Abrió con precaución la puerta de su cuarto, bajó las escaleras y huyó.

Atravesó la praderilla, adorno de aquella casa en

que su niñez se había deslizado tranquila y pura, y penetró en la avenida.

Un perro guardián vino á acariciarla, pero ella lo despidió y continuó su camino.

Al extremo de la avenida, una sombra se destacó del tronco de una haya, se acercó á Ivona, la cogió las manos y murmuró á su oído:

—Gracias. No dudaba de tu corazón. ¡Eres un ángel!

—Todas las infelices que se pierden son ángeles para los que las deshonoran.

Pero Ivona estaba aturdida, ebria.

Se quebrantaron todos sus buenos propósitos.

La tentación era demasiado fuerte.

Era él, él, es decir, el hombre esperado y amado cuyas deliciosas mentiras le habían robado el alma.

Pasearon algunos minutos bajo el obscuro follaje á través del cual no se veían las estrellas.

Ivona quiso hablar.

El duque la adormeció con las palabras de siempre, más tentadoras en medio de las tinieblas.

Ivona se resistió con mayor energía de la que de su debilidad podía esperarse. Le suplicó que respetase su tranquilidad y su honor, y tuvo el candor de esperar compasión de aquel disoluto, para quien era un simple juego la aventura.

—Te amo, dijo Ivona; ¡te amo, pero no puedo, ni quiero ser tuya!

El duque la llevaba suavemente hacia el camino.

De pronto se sintió cogida por dos robustos brazos.

Quiso gritar, pero un beso ahogó la voz en su boca.

A los dos segundos, iba en el cupé del duque, medio echada sobre los almohadones y mecida por el suave trote del caballo que bajaba rápidamente las cuestas de Plelau á Langou. Si hubiera visto á Corentino hubiese implorado su auxilio.

Se veía perdida.

Tuvo un momento de desesperación sincera.

Pero el duque sonreía.

Mientras franqueaban el camino, supo calmar sus temores, prodigando juramentos y promesas.

—¿Qué temes? le dijo. ¿Hay nada imposible ante la suprema razón del oro? Jamás olvidaré el sacrificio que me haces de tu gracia y hermosura.

Palabras vanas, pero dulces, siempre las mismas pero irresistibles para una alma amorosa.

Cuando el cupé hizo alto á la puerta de la casita rústica, Ivona lloraba, pero sonreía á través de sus lágrimas.

Un gran fuego ardía en la chimenea: una lámpara velada despedía suave claridad sobre las flores de los jarrones y los divanes de felpa.

Las paredes estaban tapizadas de seda; el ambiente lleno de perfumes.

—Es el nido que te he preparado, dijo el duque gozando con su sorpresa.

Mentís.

Allí había recibido por primera vez á la baronesa de Bresson, y cimentado aquellas relaciones, inauguradas por un adulterio y coronadas por un asesinato.

Había sangre en aquel lujo elegante y frívolo, comparable al de los pabelloncitos de los antepasados del duque.

Ivona permaneció tres horas en el infame y precioso gabinete.

No había de olvidarlas.

De ella era la voz que oyó Corentino cuando rondaba alrededor de la casita como una fiera rabiosa.

Ivona estaba á dos pasos, y hubiera podido arrebatarla á su rival, de no detenerle la duda.

Cuando al amanecer se separó Ivona de su afortunado amante á la entrada de la avenida de Plelau, se colgó al cuello del duque

—¡Júrame que me amarás siempre!—dijo con ardor inquieto.

—¿No te lo he prometido?

—¡Que no amarás á otra!

—¡Ambiciosa!

—¡Júral!

—¿Lo mandas?

—Te lo ruego.

Vanos juramentos que solo se hacen para ser violados.

La joven entró furtivamente en su habitación tiritando de frío, mientras el señor de Vualrey,